

Lucas Fernández, M.^a Josefa Canellada y Alonso Zamora Vicente. De Salamanca a Cáceres en 1976

Juan Manuel GONZÁLEZ MARTEL

RESUMEN

El autor repasa las notas de uno de los viajes que hicieron M.^a Josefa Canellada y Alonso Zamora Vicente por las provincias de Salamanca y Cáceres. Así mismo aporta varias imágenes, que ilustran y acompañan a la descripción de algunos momentos de dicho viaje.

Palabras clave: Canellada, Zamora Vicente, Salamanca, Cáceres.

Lucas Fernandez, M.^a Josefa Canellada and Alonso Zamora Vicente. From
Salamanca to Caceres in 1976

ABSTRACT

The autor revises the notes that were taken during one of M.^a Josefa Canellada and Alonso Zamora Vicente's trips through the provinces of Salamanca and Caceres. He also provides some pictures taken during that trip, that illustrate and describe some moments of the trip.

Palabras clave: Canellada, Zamora Vicente, Salamanca, Cáceres.

Unos olvidados negativos fotográficos, con unas rápidas notas, de febrero de 1976 me han vuelto a recordar un recorrido desde la capital salmantina a las tierras extremeñas con María Josefa Canellada Llavona y Alonso Zamora Vicente. Una recuperación, entre papeles personales, que me procuró una sensación parecida a la sentida en la exposición de homenaje a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de la década de 1930, cuyo excelente catálogo aún permanece en mi mesa. En aquella visita a la muestra, de exhaustiva documentación y con tantas fotografías, en el madrileño cuartel del Conde Duque, mi curiosidad se entretuvo con el material del alumnado de la Facultad, en el testimonio de unas cartillas universitarias. Canellada –jesos apuntes de Canellada Llavona, con su letrita diminuta pero clarísima!¹– y Zamora, una asturiana y un madrileño, entre los estudiantes de la recién inaugurada Facultad.

Negativos y catálogo me llevaron a considerar, una vez más, las sorpresas que depara la tenida por pequeña documentación. Y me dio en pensar que en mis reencontradas instantáneas, con sus pocas notas, salvadas las distancias con la valiosísima documentación con la memoria de la Facultad, a pesar de ser fotos familiares, sólo de hacia treinta y pico años y de lugares conocidos -y, para colmo, de poca calidad técnica-, se hallaba no sólo la imagen de dos filólogos formados en aquellas aulas sino

¹ Expresión de su sobrino Pedro Canellada, quien tanto ha estudiado su archivo personal, con sus escritos y ficheros lexicográficos.

también algo del espíritu cultural de esa Facultad de Filosofía y Letras que Canellada y Zamora tanto mencionaban con orgullo.

Como agradecida evocación, me animo a copiar esas notas y a mostrar algunas de las fotos en blanco y negro a esas muchas amistades de los Zamora-Canellada que, igual y repetidamente, viajaron con ellos en distintas ocasiones a tantos lugares de España y que, seguramente, tienen guardados testimonio parecidos.

La recuperación los negativos me satisfizo mucho porque las copias que entregué en su día a M.^a Josefa se habían perdido o pueden que estén sin anotación de lugar y fecha en el archivo familiar o en los fondos de la Fundación Biblioteca Alonso Zamora Vicente de Cáceres. Sólo dos de esas instantáneas se salvaron en su momento, aquellas que terminaron por ilustrar, el sobresaliente trabajo filológico de M.^a Josefa Canellada Llavona, Lucas Fernández, Farsas y Églogas (Madrid: Castalia, n.º 72, 1976)², con magistral introducción y magnífico despliegue de eruditas y sugestivas notas; y otra, Canellada y Zamora Vicente, caminan por calle de Mazarrón- fue publicada posteriormente, aunque sin localización precisa, en el libro homenaje María Josefa Canellada 1913-1995, (Consejería d'Educación y Cultura: Uviéu, 2002) con el siguiente pie de foto: "Pelos pueblos de la Sierra de Béjar, de la que preparaba la edición de Lucas Fernández (años 70)".

2.

Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada Llavona conocían las regiones del oeste peninsular. A mí, que solamente los traté en etapas últimas de sus investigaciones y actividades docentes, me llamaba mucho la atención que, de lo que contaban ambos filólogos, fueran tantas las impresiones de hombres y paisajes que se volcaban hacia los pueblos y la gente de las regiones del occidente español. Su interés por lo gallego y asturleonés, por toda la raya con Portugal, y siempre aquel querer por adentrarse en el país luso. ¡Cuánta complacencia al volver a Bragança, a Guarda, a Viseu, a Portalegre, a Castelo Branco, a Evora..., aunque fuese por pocas horas! Era evidente que, desde los tiempos de su Facultad de Letras, ya se las habían apañado sus excepcionales profesores para que sus estudiantes conocieran la entidad real de las tierras españolas!

² 348 p. + 3



Desde esos años de 1930, y luego con sus estancias profesionales, continuaron apreciándolas. ¡En Mérida, sus primeros recuerdos docentes; en Santiago de Compostela, estudio y campo abierto a la entidad gallega, y en Salamanca, la madurez universitaria, después de la viva Argentina, de todo lo salmantino!

De Salamanca es mucha la bibliografía que recupera su larga estancia. Y de las concretas afinidades de don Alonso y doña María Josefa por lo extremeño, nos da cuenta la extensa y sugestiva relación crítica que Antonio Viudas Camarasa desentraña en “La Extremadura de Alonso Zamora Vicente”, en esta misma Revista de Filología Románica³, en 2006, el mejor de los estudios globales que han tratado de Extremadura en la obra filológica y biografía de Zamora Vicente, y en lo que compartido con Canellada Llavona.

3.

La razón de aquel viaje, a principios de febrero de 1976, por los sitios salmantinos y lugares extremeños fue el fotografiar algunos sitios para ilustrar una edición de Lucas Fernández para “Clásicos Castalia”.

A Cantalapiedra y Salamanca

De Madrid, por Madrigal de las Altas Torres, a Cantalapiedra. De allí procedía una rama familiar de Lucas Fernández. Pero nada que fotografiar, me pareció a mí..., más impresionado por la amenaza de nevadas.

En Salamanca, al Hotel Monterrey. Tarde en la ciudad, cena temprano y paseo nocturno: ida y vuelta a la calle de Milicias Nacionales..., uno de los domicilios que

³ *RFR*, vol. 24, Madrid, 2007, 29-52.

habían tenido en los años universitarios salmantinos. ¡Cómo ha crecido el barrio! Empezó a nevar, y se remontaron, sonrientes, a no sé que año de nieves, de fríos de antaño. Ya a resguardo, dejaron encargado en recepción que los despertasen a las seis. Así vemos cómo está la mañana, la carretera de salida de Salamanca hacia la Peña de Francia. Si esta noche cae más nieve, ¡ni pensarlo! Este canario no debe ser experto en conducir con nieve.

Poca nieve y pucheros de Tamames

No había amanecido aún. El recepcionista, que le había confirmado que había dejado de nevar, les explicaba que a la altura de no sé que calle y número, podríamos desayunar.

Atentos a la salida de Salamanca. Sí, esta carretera está suficientemente despejada. Kilómetros, con nieve en los arcenes. Ya en Vecinos, nítida mañana; la desviación a Tamames. Por si los alfareros, los hermanos, a pesar de la hora, querrían venderles alguno de sus cacharros vidriados. De los pucheros que tenían en El Escorial, uno se había roto. ¡No nos vamos a quedar sin nada de Tamames!

En el pueblo, con nieve en tejados y las cubiertas de la iglesia, con el balcón de la espadaña campanera y un vacío nido de las cigüeñas. Por la encharcada calle, un hombre con su tractor estaba acondicionando unas hondonadas.

Alonso acierta enseguida con la casa. Pasamos junto al murillo semicircular de un pequeño horno coronado de nieve. Una fachada de piedra sin revocar, con puerta adintelada a ras de tejas. Una mujer y dos niñas nos miran. No están los alfareros. Les atiende una mujer, Sí que han madrugado ustedes. ¡Y con estas nieves! Dos pucheros, tres cazuelas... Y M.^a Josefa, junto a la larga repisa cercana donde se oreaban unos cacharros: -Oiga, señora, ¿y este plato de madera rajado? ¡Qué pena! -Sí, mucho corte de chorizo ha soportado... -¿Vendérselo?, ¡Lléveselo usted, si es capricho! Zamora: -Un 'tajadero'⁴, Juan Manuel, que es como se llama esa tablita de madera. Es palabra que está en Lucas Fernández. A mi me gustan más esos otros que son cuencos, con un taco central. Más tarde leería: "plato redondo de palo, sobre el cual se corta la carne".

Pasada la despejada Peña de Francia, hacia Sequeros. Veremos si a esta hora nos podemos tomar un café. Y, enseguida, a Mogarraz, que es donde quiere María Josefa que le hagas unas fotos.

En el pueblo de Prauos, el pastor.

Las primeras casas de Mogarraz. Arrimamos el coche en esta parte alta, en un ensanchamiento. Desde la carretera general, a la derecha, se abre un camino empedrado que desciende hacia el centro del pueblo. Es una entrada, junto a los cercados,

⁴ Lucas Fernández, *Farsas y Églogas*. Edición de María Josefa Canellada. Madrid: Castalia, nº 72, 1976; 348 p. + 3.

con sus arbolillos pelados. Mirando la torre de la iglesia, bajamos. Dos largos postes de cemento del tendido eléctrico apenas alteran la estampa tradicional. Sobre los tejados, de fondo, los perfiles de un bajo horizonte de alargadas cumbres de serranía.

M.^a Josefa y Alonso van delante, pegada al murillo de piedra que separa de los escalonados huertos. Las primeras casas, de una o dos plantas, balconadas, con sus regulares tejados, chimeneas, a los que sólo superan, allá al fondo, el ábside y la torre de la iglesia. Convertido el despejado camino en estrecha callejuela, enfila hacia el centro del caserío, con sus primeras casas de balcones corridos bajo los voladizos, con muros de laterales enmaderados. Proporcionadas fachadas; pocas, las de deteriorados tablones al descubierto.



Y de pronto, por el acanalado que orilla las casas, unos patos y gallinas, pico-tean. Alonso y M.^a Josefa se adelantan. Algo susurran. Hago una fotografía, pero ya las aves, con su escarbar, están más escondidas entre escalones y poyos.

¿Son ansarones? M.^a Josefa sonrío. Habla muy bajito con Alonso. Del bolsillo saca un papel y un cabo de lápiz. Anota no sé qué. Continuamos sin ver a nadie. Y bromea con su suerte, como si un inesperado saltillo en el tiempo se hubiese producido. Ya sólo dos gallinas y dos patos rezagados. ¿Ansarones?, se repetía sonriente M.^a Josefa, y Alonso contesta: ¡Casi ansarones, Fefa! Ante mi despiste en hora tan temprana: Juan Manuel... Es que en los versos de Lucas Fernández, que ocupan a María Josefa desde hace algún tiempo, hay que distinguir 'ganso', 'ánsar' o 'pato'. No nos vaya a ocurrir eso de "puse ansarones;/ saliéronme gallinas". Y como siem-

pre, pasado el encuentro, mi foto llegó a destiempo: únicamente tres, cuento ahora. En la nota correspondiente a anarón ella anotaría: “En Mogarraz, de donde era el pastor Prauos, de la farsa C, andan por las calles del pueblo libremente los anarones.” (V. fotografía).⁵

Con abrigadas sendas trenkas oscuras, manos en los bolsillos, muy juntos, caminaban por la calle. Una portón semiabierto; M.^a Josefa cede a la tentación de asomarse a su interior; algunas escaleras laterales, de peldaños pequeños, para los accesos altos, y los balcones cerrados definen la proporcionada estampa. Algunos trozos de fachada enjalbegados o con desperfectos remediados con plásticos desentonan. En la estrechez de la calle, más escaleras de piedra y la viguería vista, apuran la sensación de soledad de la hora. Nadie.

Un perrillo nos avista y se aparta bruscamente, espantando a una gallina a su paso... Es la única foto que la Castalia incluirá en la edición. No se ve anarón alguno; ni siquiera pato de refilón..., pero sí la gallina y el sorprendido perrillo, atento, por si había que huir presto. Como pie de esa foto, “Rincón de una plazuela. Mogarraz (Salamanca)”⁶. Vino a ser esta imagen la superviviente en los talleres de la editorial. Tuvo que conformarse la edición con esa única fotografía de chucho, en su rehuir, y mancha blanca que parece de gallineja en aquel cerrado y empinado Rincón del caserío de Mogarraz (Salamanca).

Ellos siguieron a su pausado andar, sonrientes los semblantes, mirándose. Ya están cerca de la sólida torre de la iglesia, de aparejo de piedra, con sus campanas. Fíjate, Fefa, donde está colocado ese volado letrerito: “Bar”. Y una furgoneta aparcada a nuestra izquierda remite, en hora tan temprana, a la posterior actividad mañanera. La iglesia, cerrada.

Con desvío a La Abadía. Y Hervás, para después.

Carretera adelante, las bajadas, con aires cacereños más templaditos, hacia La Abadía. Hervás, para luego; y si no nos entretenemos mucho, nos acercamos a las Granadillas, para que JM vea los pueblos, el del pantano. Un cruce. Toma a la derecha. Y en seguida aparece el largo tapial que limita unas dehesas, unas fincas, que parece en grada delante de la mancha de las colinas que se convierten, a lo lejos, en los altos de un montañoso horizonte. Se va destacando el muro, bajo, en el que se abren unos accesos. ¡Pare, pare, por favor! Si no le importa, dejemos el coche ya por aquí. Mejor ir caminando, dice M.^a Josefa. Había visto, a la derecha de la borrada carretera, a un pastor, de cierta edad –completo traje de pana negra, chubasquero doblado bajo el brazo, una gorra de un color claro y sus botas de agua de media caña con un pequeñísimo rebaño, garrota en mano.

En cuanto se bajaron del coche, ligeramente separados, tomaron el camino paralelo a lo asfaltado. Más allá, continuando el muro, en la segunda entrada, la principal, un portón de arco de medio punto, comenzaba otra vereda... -Ves esa entrada, el

⁵ p. 246.

⁶ pp. 210-211

caserón... Fue palacio... Por detrás, algo queda de los jardines del Duque. A ver si nos dejan ver el patio interior, la arcada...

De lado derecho de la carretera, casi junto a la cerca de la finca, el pastor, apoyado en la garrota, con dos perros, miraba pastar a unas cabras, dos macho cabrío, un cabritillo y unas ovejas, apenas unos doce animales, y, tras la primera puerta del tapial, bajo las encinas, unos cerdos... Más allá dos vacas.

M.^a Josefa fue quien primero saludó al pastor con un claro “Buenos días” y, luego, Alonso, que caminaba con más lentitud, como esperándome, pero derecho por el lateral de la calzada, dando como quienes se encamina a la casa. Y fue ella quien se detuvo. Hoy tiene usted muy buen día, dirigiéndose al pastor. -Están muy bonitas. Se ve que tiene muy cuidado el ganado. -Sí, señora. Pero esto no es ya ganado... Qué va. Contados animales. No me hacen trabajar demasiado. Cuatro ovejas, esas dos cabras y estos dos machos, que como usted ve, a éste más joven, lo tengo amaneado..., por inquieto y por lo que ¡ya sabe usted! El de la chiva es más tranquilo, y el cabritillo. Por no hacerme falta, ni perro tengo. Estos dos son más chuchos que perros, pero muy agradecidos. El cachorro no para.

Alonso, que ya se había acercado, en un silencio de pastor pregunta: ¿Qué tiempo tienen? ¿A esa de la esquila, cómo la llama? Con prontitud el pastor contesta, dando los años o meses de cada animal. Añade algún comentario sobre aquel pasto, tan cerca de la finca de La Abadía, a estas alturas del invierno. Ella se percata de que estoy haciendo alguna fotografía. Como intuyo que no quiere en ese momento, me aparto simulando estar pendiente de otras cosas; ya están hablando fluidamente.

La nitidez de las voces, de los ruidos del ganado al desplazarse. Al poco, con gesto que pretendo sea distraído, aprovecho para hacer alguna que otra instantánea. Ella, que lleva el tino de la improvisada charla, siempre se coloca discretamente del lado izquierdo de Alonso. Es él ahora quien conversa. Vuelve a elogiar el ganado, y de lo difícil que debe ser encaminar cabras con ovejas. Que si dan para algo de queso; que a cómo se está vendiendo; que cuántas semanas tiene el cabrito. Y se me ocurre llamar “baifo” al cabritillo, y aseguro que así se dice en mi tierra. No se extrañe usted de lo que dice este señor; es canario, y se despacha, en esto de hablar, a su gusto, le comenta sonriente.



Ella, señalando una de las cabras, ¿Y esa otra, parece que cojea un poco... ¿Qué le pasa; de nacimiento? Y él le explica: No, fue golpe; a veces se ponen maluchas, que se accidentan, que si se recuperan..., Fíjese en esa; le tengo amarrada mano con pie izquierdo, para que... Sonríe. Por una cosa o por otra, las dos... ¡Y la palabra surge...! Están rencajas... De repente, el contento de M.^a Josefa, en su risa más confiada, ¡Rencajas, rendajas!... en cómo la repite para ir perfilando lo oído con lo que la voz del pastor añadía, como quien desea ratificar algo muy bien.

Boni.- En eso doyte ventaja
mas de ordeñar
jamás supiste migaja.
Si es mamilla o si es rendaja
ño la sabrás callostrar.⁷

Había consultado los léxicos de Manuel Cañete (1867), Hermosilla, Corominas, J. de Lamano y Beneite (1915); y había tanteado su mismo asturiano, repasando “lo que tenemos” en su tierra, en *El Bable de Cabranes* (1944), controlando, a la vez, a Rico-Avello (1964), el Gonzalo Correas o al Diccionario de Autoridades o, sin más, repasando el fichero de la RAE, para acercarse al adjetivo rendaja; y la palabra se escapaba, sin estar convencida, por ese “gran número de erratas que lleva encima la ed. F.”, de qué acepción respondía mejor al significado del vocablo según el sentido del contexto. Y se decide por la equivalencia a rencaja porque su sencillo nuevo amigo, en la nitidez la mañana, le señaló aquella cabra suya rencaja, y así reencamina su conclusión, apoyándose de nuevo en Correas y el Diccionario de Autoridades: “se puede pensar en una muy sencilla, la palabra sería (renkáya) rencaja, que respon-

⁷ *Égloga o Farsa del Nacimiento de Nuestro Redemptor Jesucristo*. (D. 136-140), p. 170.

de admirablemente a la serie de defectos físicos relacionados con rancus, especialmente rancus colei.”

Más Lope Vega, que Garcilaso, en otro jardín

¿Hacia la casona, María Josefa? Ella se estaba despidiendo del pastor. Nos adelantamos. La guardesa no pone impedimento alguno. ¡Todavía por aquellos años, aunque las visitas no faltaban, no era lugar tan buscado como ahora! Se me ha ocurrido aventurar el nombre y apellido de un salmantino que ya me había hablado de La Abadía, en el Colegio Mayor de Madrid. Y mencionarlo fue como haber traído la llave del caserón. Mi recurso, sorprendidos, les divirtió mucho.

Mientras Alonso mira como si estuviese dibujando cada una de los arcos, la proporción renacentista, y el regusto árabe, y comenta no sé qué de la galería alta. La mujer, de mediana edad, charla con M.^a Josefa. Cruzamos el patio, y ya en la trasera del palacio, sobre la alta y aún húmeda hierba el terraplén que desciende hacia un aislado portón, de doble arco, que abre sobre una gran terraza, bajo un muro de sillar que la define. Allí, restos de mármoles⁸, ¡la cabeza de Pegaso que entre la alta yerba aflora, un escudo o el rotundo desnudo de Andrómeda refugiados en las severas altas hornacinas!... Y la evocación de la temporada de Lope de Vega en lugar. En el aire el verso de un madrileño de la Puerta de Guadalajara sonoramente dicho por Zamora Vicente, Alguno de sus portentosos sonetos seguro que lo pensó aquí. Tuvieron que ser hermosas esas terrazas del jardín. El Duque sabía cuando le convenía saltar hasta aquí en busca de mejor clima que el Alba de Tormes. Ya propietario de su casa de la calle de Francos, el poeta comparaba su refugio con el esplendor que recordaba de aquí mismo; guasón, soñaba para el suyo ¡un tazón de mármol! como los de estos jardines.

Al salir, el pastor con sus animales, más abajo, del extremo lado izquierdo de la tapia. Nos volvimos a saludarlo con el brazo; y él nos respondió con su cayado. En el coche: ¿Qué palabra, Juan Manuel, fue la que empleaste? ‘Baifo’, vocablo canario, de posible étimo prehispánico... Y le hago notar que está registrada en su Dialectología española. Y me contesta, burlón: Es que mi libro es muy serio. Que me dio muchísimo trabajo lo demuestra el que esté ese vocablo tuyo.

Cestos, del lado del barrio de los ‘judeos’.

A Hervás, en unos minutos. Aparcado el coche a su entrada, atraviesan el pueblo, derechos, en pendiente, hacia el barrio sefardita -en edición se comenta judeo-, hacia el riachuelo... Callejeo tranquilo, silencioso, hacia el puente. Después de mirarlo, como a viejo conocido, giran a la derecha, y sus vistas traspasan la puerta donde están apilados ordenadamente muchos cestos. La luz de la cestería recién hecha fue el reclamo. El cesterero, que había dejado la labor un ratillo, aparece. Nueva charla.

⁸ Me dicen que ahora algunos de esos elementos, como decoración, han sido emplazados y dispuestos en lugar y de modo distintos.

De nuevo muchas “cosas” en las manos... ¡No te preocupes, Fefa, cabrán. A ese Volvo le sobra maletero! Satisfacción con sus compras, al volver al coche.

El paseo de Cáceres. De Alcántara a Trujillo

Después de contemplar la isleña impresión, por el pantano, de Granadilla, la tarde en Cáceres. Nos alojamos del lado nuevo de la ciudad, en el Alcántara. En seguida a la calle, como si el noble recinto fuese a contarles, en tan repetido paseo, un sinfín de confidencias. Tuve la impresión de que se lo recorrieron entero, y no sé si me engaño cuando me digo que también se detuvieron y se fijaron en la ventana esquinera del caserón del Mono, ese hermoso sitio donde hoy se conservan, para uso público, sus libros y la mayoría de sus documentos.

¡Al día siguiente, de regreso, ida a Alcántara y parada en Trujillo. Alguien de allí había sido amiga de M.^a Josefa. Ella quiso subir al castillo, y en el camino se enamoró a un hermoso gato que dormitaba en un portal, y llegó hasta los muros de la fortaleza.

Y el aire de ese recorrido en la edición de Lucas Fernández

El año anterior a la edición de las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernández, habían enviado a Buenos Aires, para el Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” en su cincuentenario (1923-1973), el artículo “Al margen de Lucas Fernández”, firmado por Canellada Llavona y Zamora Vicente. Un encargo que les había complacido mucho, con el que habían recuperado el recuerdo de aquella compartida labor filológica que los había entusiasmado en sus años bonaerenses.

En junio, de ese 1976, ya Castalia había enviado a M.^a Josefa ejemplares de la edición de Clásicos Castalia y lo había colocado en las librerías. Y con el libro en sus manos, hecho “de manera fehaciente”, “magistralmente, con detalles y conjeturas”⁹, su satisfacción por la aparición de la edición sólo quedó disminuida un tantín por el extravío de las fotografías por parte de la editorial.

No se explicaba por qué, de las fotos que ella había entregado, únicamente aparecía una. No dejaba de lamentar la ausencia del testimonio de las imágenes que ella había elegido. Sólo se habían guardado las personales, en las que ellos aparecían¹⁰. Había proyectado, en efecto, unas siete ilustraciones, tantas como farsas y églogas,

⁹ Expresiones de Canellada, en el primer párrafo de su “Introducción”, para elogiar la edición de Ricardo Espinosa Maeso.

¹⁰ De éstas, una –captados por la espalda, M.^a Josefa y Alonso Zamora Vicente, caminan por calle de Mazarrón– fue publicada posteriormente, aunque sin localización precisa, en el libro homenaje *María Josefa Canellada 1913-1995*, (Consejería d’Educación y Cultura: Uviéu, 2002) con el siguiente pie de foto: “Pelos pueblos de la Sierra de Béjar, de la que preparaba la edición de Lucas Fernández (años 70)”, p. 99.

dos -portada facsímile de la edición de 1514 y un grabado de la primera edición- y cinco fotografías.

Castalia había considerado, sin duda alguna..., de muy poca nitidez aquellas fotos recibidas, ignorando la emocionada sorpresilla que alguna de ellas despertaban en la filóloga. Y M.^a Josefa seguía preocupada porque pensaba que yo estuviese decepcionado. ¡Las fotos de nuestro viaje! Como disculpa, jugando con la pequeñina sorpresa editorial y evocando la satisfacción sin tiempo de la mañana los ansarones del Mogarraz de Prauos, me dedicó un ejemplar de la edición en junio de 1976.

4.

He aquí, hoy, los ansarones, gallinas, perros, cabras y ovejas de entonces, ¡y hasta dos cerdos!, tan pasajeros, como nosotros, frente a los resistentes blancos restos de mármol del Duque, que se habían escapado de las únicas fotografías reproducidas... “Clásicos Castalia” tenía razón. Eran muy malas. Pero ahora estas copias me hablan de la suerte de las horas pasadas en compañía de los maestros María Josefa Canellada Llavona y Alonso Zamora Vicente. Muy a destiempo, de nuevo, estas notas e imágenes, mas buena disculpa, finalmente, para recordar a dos filólogos, tan amantes de nuestras tierras, formados en la Universidad española de la Segunda República.